

Martín Almagro-Gorbea. *Literatura hispana prerromana: creaciones literarias fenicias, tartesias, iberas, celtas y vascas*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2013. ISBN: 978-8415069492. 532 pgs.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa  
Universidad de Alcalá de Henares



A mediados del siglo I a. C. las Guerras Civiles traerían consigo, entre otras terribles consecuencias, la destrucción de muchos archivos y bibliotecas públicas y privadas de la Bética, lo que contribuiría, de forma indirecta, a la romanización, al perderse este patrimonio cultural de tradición local. A partir de César, la escritura latina se impone prácticamente por doquier, incluidas ciudades apartadas en el Atlántico como Salacia, prueba de que el alfabeto latino había sustituido al silabario tartesio-turdetano en los archivos y escritos oficiales. Este nuevo contexto de predominio del latín en la escritura y como lengua facilitaría la introducción y difusión de nuevos volúmenes y libros que sustituirían a los de tradición fenicia y tartesia, ya en gran parte perdidos y en trance de desaparición total.

Así es como, en su página 97, da cuenta muy sintética, este libro, del ocaso de unos modos de hacer memoria y de hacer literatura, de pensar y al mismo tiempo de fabular por escrito—aunque con el pie puesto siempre sobre tradiciones orales inmemoriales—que fueron cultivados en la península Ibérica antes de que fuesen en parte absorbidos y en otra parte borrados por el vendaval de la romanización-latinización. Muchas más páginas de este eruditísimo tratado dan cuenta pormenorizada de ese proceso de metamorfosis compleja y gradual de un mundo en otro, y recuperan todo lo que es posible recuperar acerca de unos acontecimientos sociohistóricos y culturales que se hallan en la raíz misma de la identidad hispana. Pese a que costaría mucho encontrar a un español o a un portugués medianamente cultos (o incluso muy cultos) que pudieran presumir de tener algún conocimiento sobre la literatura de la Iberia prerromana; o que hayan leído una sola línea acerca de la personalidad y la obra del escritor turdetano L. Cornelio Boco, quien fue agente relevante en la transmisión de

la literatura y de la cultura fenicia y tartesia a la latina, e influyó en el Plinio de la *Naturalis Historia* y en otros escritores latinos y griegos; o que sepan, siquiera, que en Gadir, Cádiz, hubo un santuario de Herakles-Melkart que fue de los más importantes y famosos de la antigüedad, y que en su puerta estuvieron labradas o talladas, es decir, de algún modo “narradas”, diez (no doce) de los trabajos del héroe-dios, según la descripción (muy poética pero no sabemos si muy fidedigna) del poeta épico latino Silio Itálico, quien tomaría presumiblemente los datos de Boco.

De hecho, para cualquiera de nosotros, las grandes secciones en que se arraciman los capítulos de este libro, prometen, desde su primera enunciación, un festín intelectual nunca antes degustado, ni siquiera sospechado: “Literatura y aedos del Bronce final” (con un apartado dedicado nada menos que a “Los aedos y los cantos asociados al ritual del banquete”); “Literatura hispano-fenicia del Círculo de Gades”; “Literatura tartesia”; “Literatura ibérica” (con otro capítulo que atrae como un imán, el dedicado a “El ciclo épico del Primer Rey”); “Literatura hispano-celta” (con “De la épica celta a la épica castellana”, que vuelve a sonar fascinante); y “Literatura bascona y celto-vasca”. Una propuesta absolutamente insólita, que pone de improviso sobre el mapa de nuestra cultura y mete dentro de los programas e historias de nuestra tradición cultural y literaria toda una época que hasta ahora estaba prácticamente (y sin previsión de que dejara de estarlo) ausente.

Solo se me viene a la mente otro empeño intelectual que pueda ser equiparable a este en originalidad, en sistematización y en hallazgos: el de François Delpech, comprometido desde hace décadas en desentrañar e iluminar las raíces mitológicas de Iberia y en hacer el seguimiento de su savia por el tronco de la Edad Media y de los Siglos de Oro, hasta llegar a sus brotes últimos en el folclore de hoy. Delpech juega, sin embargo, con la ventaja de que es filólogo-historiador y de que basa sus análisis sobre textos positivamente acreditados, mientras que el autor del libro que ahora reseño es arqueólogo-prehistoriador, y no tiene a su alcance el apoyo de tantos textos legítimos ni de tantos datos empíricos.

Para Martín Almagro-Gorbea, maestro de la arqueología española (y de la geografía, la filología y todo lo que tenga que ver con la antigüedad en la península Ibérica), la desaparición de casi todos los documentos escritos en las lenguas que había en la península antes de la romanización puede ser paliada —aunque de manera tenue y relativa, claro—, gracias a la información que ofrecen unos cuantos autores latinos y griegos que tardíamente —y desde la distancia muchas veces— evocaron aquel mundo, con las inexactitudes, las simplificaciones o las invenciones en que hubieran podido incurrir; y gracias, también, a las fuentes iconográficas y materiales que han dejado residuos arqueológicos visibles y tangibles, en los por fortuna abundantes yacimientos que hay abiertos sobre la piel de nuestro país. Ahí estriba la mayor fortaleza del método de Martín Almagro-Gorbea, y de este libro: que parten de un conocimiento exhaustivo, apabullante, labrado en un sinnúmero de expediciones arqueológicas personales, y en el dominio absoluto de toda la densísima bibliografía que hay al respecto, de la geografía arqueológica de la península Ibérica. Cualidades que se aprecian también en otro libro monumental de Almagro-Gorbea (escrito en colaboración con Alberto José Lorrio) que tiene mucho que ver y es de algún modo complementario del que ahora reseño: *Teutates. El héroe fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y la Keltiké* (Madrid: Real Academia de la Historia, 2011).

Por desgracia, la escasez de documentos escritos sobrevivientes de la época anterior a la romanización sigue pesando como una losa, y va a seguir haciéndolo —a no ser que estén por venir hallazgos que den un giro radical al panorama, lo cual parece muy improbable—, sobre nuestro conocimiento de las culturas hispanas prerromanas y

de sus prácticas discursivas y literarias. Por más que en el otro lado de la balanza esté el empeño, titánico más que heroico, de Martín Almagro-Gorbea por arrancar de tan cerrado olvido las pocas y diminutas esquivas de memoria que es posible recuperar. Es por ello que este libro denso y eruditísimo, a la par que lleno de entusiasmo y vitalidad, deja al final una sensación agrídulce en el lector: le acerca hasta el borde mismo al que se puede llegar y le permite echar un vistazo desde la tribuna que el autor se ha empeñado trabajosamente en labrar: pero la distancia sigue siendo—pese a tanto esfuerzo—, enorme, las sombras casi inextricables, la visión muy borrosa.

En un entorno tan avaro en información textual, empírica y contrastada como es este, el sistema deductivo de Almagro-Gorbea puede parecer, en ocasiones, arriesgado o especulativo. Así dice en la p. 256 de su libro, acerca de una cuestión, la de las representaciones de guerreros ecuestres, que ha sido caballo de batalla (nunca mejor dicho) desde hace mucho tiempo entre los especialistas en las culturas de la antigüedad, en especial los indoeuropeístas:

Este mito de heroización ecuestre aparece igualmente documentado a partir del siglo VII a. C. en marfiles orientalizantes, en un anillo del Tesoro de Aliseda, en una figura de bronce de jinete hallada en el palacio de Cancho Roano, así como, probablemente, en algunos restos escultóricos de Pozo Moro. Como se ha señalado a propósito de otros pasajes de esta figura mítica, que cabe interpretar como el Héroe Fundador, este tema puede considerarse el precedente de los temas épicos documentados en los relieves ibéricos de Porcuna, pues debe ser muy popular por su trascendencia social y política, y acabó cristalizando en el jinete ibérico de las acuñaciones hispánicas de los siglos II y I a.C., lo que evidencia que esta tradición se incorporó plenamente al repertorio épico de las élites aristocráticas ibéricas, junto a otros elementos procedentes, igualmente en su mayoría, del mundo ideológico indoeuropeo. Por último, otro conjunto numeroso de escenas representan al dios/héroe como Cazador en el Otro Mundo, como en el bronce de Mérida con representación de un jinete cazando un jabalí y otras piezas asociables. Esta escena se relaciona con el mundo funerario y refleja el conocido mito del Cazador Negro, tema que aparece igualmente documentado en el mundo ibérico y en el celtibérico, cuyo relato debió ser muy popular, puesto que ha tenido continuidad hasta dar origen a las actuales leyendas de El Cazador Negro, tan ampliamente difundidas por toda Europa.

Por más que estas afirmaciones partan de un conocimiento absoluto de todas las representaciones antiguas de guerreros ecuestres que hay en nuestra península y en Occidente, y por más que Almagro-Gorbea sea un historiador-arqueólogo que (virtud muy escasa en su gremio) es un experto conocedor, al mismo tiempo, de la etnografía, el folclore, la literatura oral (y sus correspondientes bibliografías) de hoy mismo, intentar trazar una línea genética concreta entre iconografía ecuestre prerromana y relatos acerca de jinetes sobrenaturales vivos en las tradiciones orales de hoy—como sería la del Cazador Negro, aunque podrían aducirse muchas más— puede ser, si no se justifica a través de una cadena inapelable de textos, o por lo menos de indicios que desvelen nexos causales convincentes, una estrategia de argumentación debilitada por demasiados condicionales y riesgos.

En el tramo final del libro, dentro de la sección dedicada a la “Literatura hispano-celta” en concreto, hay cuatro capítulos que propugnan e identifican trasfondos y fuentes culturales y (pre)literarios prerromanos concretos que serían detectables, según Almagro-Gorbea, en algunas de las leyendas “sorianas” de Bécquer; en las leyendas medievales gallegas de la Reina Lupa, el Bosque Ilicino y el Monte Sacro; en el célebre romance de *El Conde Arnaldos*; y en el cuento de *La triple muerte del Libro de buen amor* de Juan Ruiz. También los dos capítulos dedicados a la “Literatura

vascona y celto-vasca” analizan leyendas vascas medievales y de hoy que, según el autor, hunden sus raíces en tradiciones prerromanas inmemoriales. Difíciles y resbaladizos terrenos. La documentación y los argumentos de Almagro-Gorbea resultan más convincentes en unos casos que en otros. Admira, por ejemplo, la luz novedosa y consistente que sus datos —que suman lo mejor de la erudición arqueológica y del conocimiento del folclore— arrojan sobre el intrigante cuento de Juan Ruiz; no resulta tan persuasivo, en cambio, su análisis de las “leyendas sorianas” de Bécquer, posiblemente porque tales leyendas, más que estar unidas por un hilo umbilical directo y unívoco con el pasado más remoto, son apócrifos literarios, contaminados de manera transversal por los ruralismos agrestes y las poses fantasmagóricas que fueron moneda común en la literatura fantástica del romanticismo español y europeo.

En cualquier caso, al margen de acuerdos, desacuerdos o matices, cada página de este libro es un repositorio inusitado de saberes históricos y culturales de la mejor ley; un monumento a la curiosidad intelectual y al empeño (y el riesgo) de buscar luces donde lo que más hay son sombras; y una plataforma de la que deberán partir todos los investigadores de estas cuestiones en el futuro, con la conciencia de que no podrían partir de un terreno preparado con más erudición, responsabilidad y entusiasmo.